

» Mas ellos dijeron : ¿ Qué nos importa á nosotros ? viéraslo tú.

» Y arrojando las monedas de plata en el templo, se retiró y fué y se ahorcó con un lazo.

» Y los príncipes de los sacerdotes, tomando las monedas de plata, dijeron : No es lícito meterlas en el tesoro, porque es precio de sangre.

» Y habiendo deliberado sobre ello, compraron con ellas el campo de un alfarero, para sepultura de los extranjeros.

» Por lo cual fué llamado aquel campo Hacéldoma, esto es, campo de sangre, hasta el día de hoy.

» Entonces se cumplió lo que fué dicho por Jeremías el profeta, que dijo : y tomaron las treinta monedas de plata, precio del apreciado, al cual apreciaron de los hijos de Israel.

» Y las dieron por el campo de alfarero, así como me lo ordenó el Señor. »

Los armenios lo poseyeron hasta el año 1841.



CAPÍTULO IV

Samaria y Galilea

Fijemos por última vez los ojos en la Ciudad Santa ; y al creyente es tan difícil arrancar su corazón del huerto de Gethsemaní, el Calvario, el Santísimo Sepulcro y demás Lugares Santos que allí quedan, como imposible evitar que las lágrimas corran hilo á hilo por sus mejillas.

Mas se ha apoderado de nosotros una necesidad inmensa de obrar, de ver otros horizontes, de visitar otros Santuarios. Nazareth, Caná, Séforis, Nain, Naim, Tiberíades y el Tabor, nos solicitan con indecible violencia, y como Jesús después de su resurrección, nos lanzamos hacia los risueños países de Galilea.

Pasando por Jaffa, en donde se puede tomar el camino del mar, llégase en día y medio al pie del monte Carmelo, sombrío promontorio, coronado por un monasterio, cuya blancura contrasta con el azul del firmamento.

Al partir de Jerusalén, durante la marcha se pasa ó se divisan varios lugares, tales como Chaafat, Gabaath, ó *Tet-es-soma*, como le llaman hoy, patria de Saul, y otros. Desde este último punto admírase un magnífico panorama, á saber : el lago Asphaltites, Anathoth, patria del profeta Jeremías, el monte Olivete, Kastal, Beit-Yksa, Gabaón, Bir-Nabala, Tellel-Ful, Gabaá y otras poblaciones de más ó menos importancia. El pueblo que al pasar se ve más de cerca es Bezoth, hoy llamado El-Bireh, junto al cual, según tradición, Débora juzgaba bajo una palmera, y donde la Virgen y San José notaron, al regresar de Jerusalén, la desaparición del Divino Niño. Desde Jerusalén hasta El-Bireh parece que alcanza la maldición divina, pues todo es árido, escueto, pedregoso, así el camino como los campos y los montes. ¡ Qué contraste con las magníficas tierras de Samaria, en donde nos internamos para llegar, como lugar de descanso, á la risueña Galilea ! La Samaria nos recuerda los plácidos días de Jesús,

y los campos y pueblos de aquella nos predisponen á la grata impresión que ha de causarnos la Galilea.

Bethel, en la actualidad Beitine, nos recuerda la visión que tuvo allí Jacob, la visión de la escala mística que llegaba al cielo y por la cual subían y bajaban los ángeles del Señor.

Hacia el Norte, cinco ó seis horas después de pasar de la Judea á Samaria, ó sea de la tribu de Benjamín á la de Efrain, se encuentra Lubban, antigua Lobua, á cuyos habitantes, incluso el rey, pasó á cuchillo Josué. A derecha é izquierda distingúense muchos pueblos, y ladeando un torrente puede beberse agua de la fuente de Efrain. El valle de Lubban es sumamente pintoresco, y producen agradable efecto blancas tiendas de campaña artísticamente dispuestas muy cerca de espesa arboleda.

Con un poco más de dos leguas de viaje, encontrando de paso con frecuencia recuas numerosas de camellos, puede visitar el célebre pozo de Jacob y de la Samaritana, cuyo primitivo brocal se encuentra en Roma. Circuyen su boca unas cuantas piedras colocadas á flor de tierra, está terraplenado la mayor parte y no tiene agua. La imaginación, sin embargo, ve en tan vulgar sitio, á Jesucristo conversando dulcemente con la pecadora Samaritana. La fertilidad que aun dura en el campo de Jacob, recuerda la eficacia de la divina palabra. De la iglesia que en forma de cruz hubo antiguamente sobre este pozo, no queda más que algún trozo de cemento y piedras, de tal modo esparcidas, que ni siquiera permiten adivinar la dirección de las paredes maestras.

A la distancia de un cuarto de hora está el sepulcro del patriarca José, cuyo cadáver, embalsamado, fué traído á este lugar desde Egipto, por sus hermanos. El edificio es rectangular y al parecer de construcción reciente. Se dice que en aquel mismo lugar fueron también enterrados los hermanos de José. Se descubren desde allí varias poblaciones, entre otras Salem y Balatah; vese el monte Garizim, nombrado por la Samaritana, y á cuyo pie está el pozo de Jacob; y se indica también la cisterna á la cual arrojaron á José sus hermanos antes de venderlo á los ismaelitas.

Continuando el camino, se descubre cerca de él un edificio aislado, de regulares dimensiones y forma europea, lo cual no deja de sorprender, tanto por hallarse en despoblado, cuanto porque en aquellas regiones tropiézase únicamente con cabañas miserables. Es un cuartel ocupado por tropas turcas.

Media hora después de haber dejado el pozo de Jacob, llégase á la Siquem, llamada actualmente Nablos por los indígenas, junto á la cual hay otro cuartel algo viejo. Cuenta esta importante ciudad unos 16,000 habitantes, entre los cuales figuran 500 griegos cismáticos,

240 samaritanos, otros tantos judíos ortodoxos, y 60 católicos dirigidos por un misionero latino; los demás son mahometanos. Nablos tiene aspecto europeo, más que por sus edificios, pobres la mayor parte, y por sus calles, estrechas todas, por la multitud de personas que circulan por ella y se agitan en sus días principales, especialmente en la calle Mayor, llena de numerosas tiendas, cuyos dueños, sentados en tarimas con las piernas cruzadas, disputan con los compradores que se sientan á veces junto á ellos, el precio de las mercancías, géneros de todas clases, comestibles, quincalla, calzado, todo se encuentra en aquel bazar, en el cual había también prodigiosa variedad y abundancia de frutos tales como uvas, granadas, naranjas, dátiles, etc. Dicha calle Mayor ó bazar, que tiene cerca un kilómetro de largo, está parte abovedada y parte cubierta con esteras, más ó menos destrozadas, que guarecen á los comerciantes de los ardores del sol. Sus habitantes son indolentes en sumo grado, pues las calles están llenas de sacos de mercancías. Hay que cuidar de no atropellar á los chicos y aun á los adultos, pues nadie se mueve de su sitio y todos afectan. La fuerza armada es la que principalmente presta á Nablos tanta animación y promueve su comercio. De paso puede verse la fachada de una iglesia antigua, edificada á expensas de los canónigos titulares del Santo Sepulcro, hoy convertida en mezquita. Al salir de la ciudad, chocan los alambres del telégrafo, que la ponen en comunicación con los pueblos del interior. No lejos, hay una fuente de desagüe primero en una especie de balsa cubierta por una bóveda semiarruinada; pero el agua es fresca, cristalina, y quizás la mejor de Oriente. Llégase en tres horas á Sebaste, antigua capital del reino de Israel y de la Samaria. He aquí lo más interesante para el peregrino: cierto número de columnas, restos del suntuoso palacio de Herodes el Grande y la antigua iglesia de San Juan Bautista, de tres naves, más alta la central que las laterales, construida en el siglo XII por los cruzados, y parte de ella habitada actualmente para mezquita por los musulmanes, y la cueva sepulcral del Santo Precursor. Al otro lado de la mezquita hay una cúpula y una puerta, por la cual se llega á una escalera de veintiún peldaños, por la que se desciende con velas encendidas á una especie de caverna semejante á la de Lázaro, que contiene tres nichos sepulcrales pertenecientes, según la tradición, á San Juan Bautista y á los profetas Abdías y Eliseo.

La importante ciudad de Sebaste, capital que fué de una extensísima región, donde acontecieron sucesos históricos é interesantes, sobre todo desde que Josué destruyó á Somerón y mató á su rey, durante la guerra de exterminio que hizo á los cananeos hasta el siglo VI de nuestra era, hoy

día se compone de un grupo de miserables cabañas, habitadas por unos 300 musulmanes, dedicados al cultivo de la tierra y algún tanto aficionados á lo ageno.

Continuando el camino encuéntrase un olivar junto á una fuente de agua turbia, llamada por los árabes *Ain-Jeba*, esto es : fuente de Jeba, lugarajo que se encuentra en aquellas inmediaciones.

Entrase poco después en la llanura de Sanur, antigua Betulia, patria de Judit.

Volvamos á Jaffa. Hemos dicho que desde allí, por mar, se puede ir en poco más de un día al monte Carmelo.

En su falda sombreada por magníficos algarrobos, se extiende la cada día más importante ciudad de Caifa. En su playa encuéntranse gigantes-cas palmeras, higueras, naranjos y nogales. Una vez saludado el padre guardián del monasterio, trasladémonos á la iglesia.

La iglesia ocupa precisamente el centro del monasterio, y señala el sitio en que el Profeta invocaba con tantos siglos de anticipación á la Virgen que había de dar á luz al Salvador. Edificada y construída muchas veces desde el origen del cristianismo, fué levantada de nuevo en 1827, gracias á los trabajos y heroico valor de Fr. Juan Bautista de Frascatti, religioso lego que recorrió la Europa recogiendo limosnas para tan santa empresa.

Debajo del altar mayor, coronado por una magnífica estatua de Maria teniendo en la mano el escapulario, se halla la gruta excavada enteramente en la roca, que habitaron Elías y Eliseo, siendo objeto de la veneración de todos los moradores de la Palestina.

El Carmelo ha sido considerado desde la antigüedad más remota como una montaña Santa, la montaña de Dios. Los profetas del Altísimo confundían allí á los adivinos de Baal, y el mismo Pitágoras iba á su cima á dar culto á la divinidad misteriosa que prometió á Vespasiano el imperio del mundo.

El terrado del monasterio, elevado muchos centenares de pies sobre el abismo, es seguramente uno de los más bellos sitios del universo.

A mano derecha vese el golfo animado y hermo-seado por las ciudades de Caifa y San Juan de Acre ; más allá las cimas doradas del Líbano ; ante el espectador y á sus pies, la mar azul, profunda, inmensa, confundiéndose á lo lejos con el cielo por sus suaves y delicadas tintas.

Mas, ¡ cuán solemne es un momento sobre la montaña bíblica ! Todo enmudece, todo reposa alrededor del monasterio. No se oye más que el ruido de la mar y de los vientos, que resonando en las cavernas sube con suma armonía sublime. Parece oirse resonar los cánticos inspirados



A. Seriná, Dib.

EL VALLE DE NAZARETH

Salvador Ribas, Editor.

V. Labielle Sc.

El valle de Nazareth, que se abre con las cadenas montañosas de
 el monte Tabor, y que se prolonga hacia el Noreste, pero
 que se estrecha y se eleva hacia el Suroeste.

Desde el punto de vista de la gran vista de los jardines
 que se ven desde el monte Tabor, penetramos después en la cé-
 lula de Nazareth, que se ve rodeada por los numerosos afluentes del

El valle de Nazareth, que se abre con un buenas aguas y
 que se prolonga hacia el Noreste, pero que se estrecha y se eleva
 hacia el Suroeste. En el valle se ven muchas plantas de todas especies para experimentar el efecto
 de la soledad y la majestad del mar profundo. En el cielo es
 espléndido, el sol juguetea por entre las montañas y por los valles
 coloreados saltan de rama en rama. En el valle se ven innumera-
 bles perdices semidomesticadas que se ven como las gallinas
 en nuestras casas.

Al salir de El-Hartich, que se abre con un buenas aguas y
 que se prolonga hacia el Noreste, pero que se estrecha y se eleva
 hacia el Suroeste. En el valle se ven muchas plantas de todas especies para experimentar el efecto
 de la soledad y la majestad del mar profundo. En el cielo es
 espléndido, el sol juguetea por entre las montañas y por los valles
 coloreados saltan de rama en rama. En el valle se ven innumera-
 bles perdices semidomesticadas que se ven como las gallinas
 en nuestras casas.

A este alegre paisaje sigue un valle pedregoso y pedregoso. Para lle-
 gar a Nazareth hay que ir por el lado del monte del mismo
 nombre, camino que es pedregoso y pedregoso, pero la vista que desde allí
 se descubre es soberbia. En la cumbre del monte, y extendido en forma
 de anfiteatro, se encuentra el principal grupo de casas que componen la
 ciudad.

Estamos en Nazareth. Apresurémonos a visitar cuanto antes el lugar
 benditísimo en que el arcángel Gabriel apareció a la Virgen María hace
 diez y nueve siglos. Este santuario está en la iglesia del convento de los
 Padres Franciscanos. Del convento se pasa al presbiterio, y bajo de éstos precisamente está la capilla de la purísima
 Reina de los Angeles. Así es que del presbiterio se baja a la iglesia, y de
 ésta al Santuario, donde el corazón se ve atraído por el poder
 de aquella Virgen, cuya pureza, dice San Ambrosio, atravesando las bóve-
 las esferas, las estrellas y los ángeles, penetra hasta el seno del Padre y se
 atrajo á su pecho virginal al Verbo de Dios. Entonces, véase y escuche.